

CHIKI FABREGAT



Me llamo

ZOILA

edebé



Me llamo
ZOILA



© Chiki Fabregat, 2016

© Edición: EDEBE, 2016
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Diseño: Book & Look

1.ª edición, septiembre 2016

ISBN 978-84-683-2498-2
Depósito Legal: B.
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



Me llamo
ZOILA

CHIKI FABREGAT

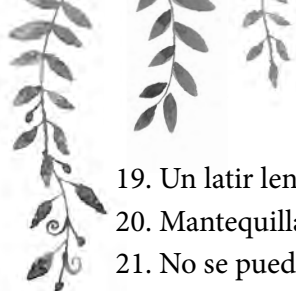
edebé





~ ÍNDICE ~

Prefacio	9
1. Un cervatillo asustado	13
2. Un mapa y un rotulador rojo	18
3. No somos elfos	25
4. Una familia normal	29
5. La marca del heredero	32
6. Miedo al desastre	40
7. Buscando los límites	44
8. Sustos en el bosque	49
9. Tiritando	54
10. ¡No te vayas!	57
11. Telómeros y centrómeros	61
12. En una balanza	64
13. Yo vigilo tu sueño	68
14. Las cosas de mamá	74
15. Esencia de árbol	79
16. No sé qué soy	84
17. Todos tenemos secretos	88
18. Tan intenso como puedas	91



19. Un latir lento	96
20. Mantequilla caliente	100
21. No se puede tener todo	105
22. Odiar desgasta tanto	109
23. ¿Qué daño pueden hacer?	113
24. Verde y blanco	119
25. Frente al Consejo	123
26. Demasiados herederos	128
27. Vivir	131
28. Una de ellos	137
29. Vencer a la pantera	139
30. Deporte de equipo	142
31. La luz de los elfos	146
32. Blanco	152
33. Confía en mí	156
34. Cuentas pendientes	160
Epílogo	169
Agradecimientos	171



Para Carlos, que vigila mi sueño.





~ PREFACIO ~

Gerb estaba leyendo entre las ramas más altas del árbol común cuando el cielo se oscureció. Solo era mediodía y supo que algo no iba bien. Descendió por el tronco del árbol sin apenas rozarlo y no había llegado al suelo cuando aparecieron cuatro elfos portando una camilla.

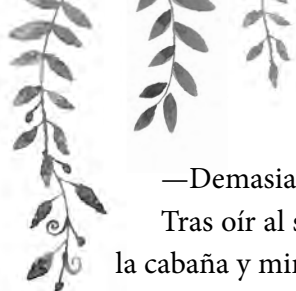
—¿Es mi padre?

Los elfos portadores asintieron. Gerb levantó la capa trenzada que lo tapaba y se acercó a inspeccionar la herida. Tres arañazos paralelos partían en dos el pecho de su padre, que a duras penas respiraba.

—Ha sido la pantera.

Con la misma tranquilidad que lo hacía todo, que todos los elfos hacían todo, Gerb les indicó que lo llevaran con el sanador.

Tuvieron que utilizar la plataforma de cuerdas que subía hasta la cabaña del sanador. Rara vez recurrían a ella, solo con los niños más pequeños o los ancianos próximos a renunciar a la vida. Lo dejaron sobre una mesa de madera que ocupaba el centro de la sala. El sanador retiró la manta de hojas trenzadas que lo cubría y miró la herida, como había hecho Gerb unos momentos antes.



—Demasiado profunda, le ha tocado el corazón.

Tras oír al sanador, Gerb salió a la plataforma que daba acceso a la cabaña y miró hacia el claro del bosque donde el resto de los elfos se había ido congregando. Cada uno que llegaba hablaba en silencio con sus compañeros, se informaba de lo que había pasado y después se sentaba en el suelo a esperar. Sus caras mostraban la preocupación por lo que estaba ocurriendo unos metros más arriba, pero ni una sola voz se alzó para preguntar nada. En poco tiempo toda la familia estaba reunida en una asamblea muda.

Gerb miró alrededor: la luz era cada vez más débil. Si no hacía algo para remediarlo, en pocos días su familia perdería la protección del sol, los árboles dejarían de darles los frutos con los que subsistían y la temperatura descendería hasta hacer imposible la vida en el bosque. A media tarde se adentró en uno de los túneles arbóreos para trasladarse hasta el Gran Árbol.


Cuando llegó, los once consejeros lo esperaban. Ascendieron juntos por la escalinata que daba acceso al Gran Árbol y caminaron en silencio hasta el salón del Consejo. Una vez allí, el consejero que encabezaba la comitiva tomó la palabra:

—Es la hora del heredero.

—Mi padre aún está vivo. He venido a pedir ayuda para curarlo.

—La prioridad es la familia. El heredero tiene que mantenerla a salvo. Así lo establece la Norma.

Gerb asintió y empezó a desnudarse. Su piel, tan blanca que casi dejaba transparentar las venas por las que fluía su sangre, era perfecta. Ni una marca, ni una cicatriz. Si los elfos hubieran conocido la envidia, la habrían sentido ante su capacidad para regenerar la piel y curar las heridas. Su padre también la tenía, pero ni siquiera un elfo autocurativo podía sobrevivir al zarpazo de una pantera en el corazón. Fue doblando con cuidado cada prenda, como si no supiera



quién podía aparecer y quisiera mantener el salón ordenado. Una vez desnudo, se colocó donde la luz del sol iluminara su cuerpo y lo caldease. Nada hace tanto daño a un elfo como el frío.

Los consejeros inspeccionaron cada centímetro de su cuerpo. Los músculos en tensión que se adivinaban bajo la piel desmentían la tranquilidad con la que se llevaba a cabo todo el proceso. Finalmente Gerb levantó un pie y luego el otro para que buscasen la marca en sus plantas, pero tampoco allí la encontraron.

—Ya deberías haberla heredado.

Gerb seguía en pie, desnudo en el centro de la sala.

—Ya os he dicho que no ha muerto.

—Tampoco se está curando.

—Ha sido una pantera. Ni siquiera nuestro sanador ha podido hacer nada.

Los miembros del Consejo se miraban, hablaban sin palabras. De sus mentes salían frases que Gerb podía escuchar y que no anticipaban nada bueno. *«Una familia sin el favor de su protector está abocada a la desaparición»*. *«Hace ya mucho, pero ha habido casos»*. Los consejeros más jóvenes apenas intervenían, sorprendidos por las revelaciones que los mayores iban haciendo. Gerb dudó un momento antes de decidirse a interrumpir su diálogo mudo:

—Puede haber otro heredero.

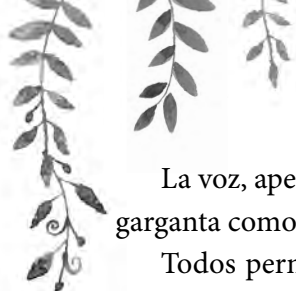
Su voz pareció de pronto más grave, más profunda. Nadie contestó. Proyectó en la mente de los consejeros la imagen de una elfa muy joven con el pelo rojo. Recordarla le provocaba una punzada de algo parecido al dolor.

—Tenía entendido que murió hace tiempo —dijo uno de ellos.

—Justo después de dar a luz.

Un murmullo de voces y preguntas se extendió por la mente de Gerb.

—El padre era humano.



La voz, apenas unos segundos antes grave y profunda, salía de su garganta como un murmullo, un silbido casi inaudible.


Todos permanecieron un rato en silencio mientras Gerb volvía a vestirse. No necesitaba oír la decisión del Consejo, pero aun así esperó mostrando respeto hasta que uno de ellos habló en nombre de todos:

—Encuentra al primogénito.

Un cervatillo asustado

Me llamo Zoila y, muy a mi pesar, soy medio elfa.

Yo no pedí ser lo que soy ni tener estas orejas. El profesor de gimnasia se empeña en que me recoja el pelo: «¡Zoila, la coleta!», como si no hubiera nada más en lo que fijarse al entrar en el gimnasio. Si me retiro el pelo, tengo que poner toda mi atención en esas malditas orejas, imaginarlas redondas, pequeñas, como las de cualquier chico de clase. No puedo enfadarme con nadie, sentir vergüenza ni rabia ni miedo porque, cuando pierdo el control, crecen hasta casi el doble de su tamaño y se alargan como las de un duende de Papá Noel. Como las de un elfo. Entonces todo el mundo se da cuenta, empiezan las preguntas, los «¿te has fijado?» y las miradas y los cuchicheos en los pasillos. Y pasan semanas hasta que olvidan el incidente o se convencen de que ha sido algo que creyeron ver. Pendiente del dichoso control es imposible concentrarse y evitar el golpe de un balón que alguien ha lanzado o un tropiezo con los bancos de ejercicios con los que nos martirizan. Y entonces, como hoy, cuando todos me miran y se ríen, cuando alguien suelta una broma sobre estar en las nubes, la rabia me sube por dentro. La noto. Noto cómo se acumula en mis



pies y va trepando por las piernas, se junta en la cintura y ya no hay forma de pararla. Cierro los ojos, respiro hondo, le pido por favor que frene, pero esa bola caliente sigue ascendiendo por mi pecho, se estrecha para pasar por la garganta y estalla cuando alcanza las orejas. Corro hacia los vestuarios con la esperanza cada vez más débil de que nadie lo haya visto y allí me encierro y decido no salir nunca más.

Pero al final siempre salgo.

Esta mañana, después de un rato intentando calmarme, ha entrado en el vestuario un chico con cara de despiste. Creo que es el mismo que nos presentó ayer el tutor, que se ha mudado a la ciudad hace poco.

—Eh, que es el de chicas —le he dicho.

—Ya, bueno. Es que soy nuevo —ha contestado, y luego ha soplado su flequillo para apartarlo durante un segundo de los ojos.

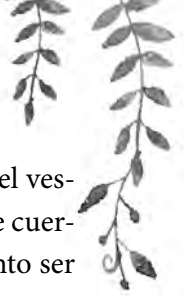
Bonita excusa. Si no fuera por lo enfadada que estaba en ese momento, me habría hecho gracia verlo allí plantado, con ese aire de niño perdido y el flequillo tapándole un solo ojo, como un pirata flacucho y desmadejado.

—¿Te caerá mucha bronca por lo de antes?

—No más que otras veces, supongo.

Sé de sobra lo que pasará. La charla del profesor, un parte que debe firmar mi abuela y otra reunión interminable con el psicólogo. *Autoestima, adolescente, atención, confianza, miedo*. Palabras que me repite cuando ya ha pasado el peor momento y cuando ya solo me importa volver a mi mesa al final de la clase y a los libros tras los que esconderme, mientras los demás hacen planes para el fin de semana. Cuando se pasan la rabia y la vergüenza y mi único deseo es ser invisible.

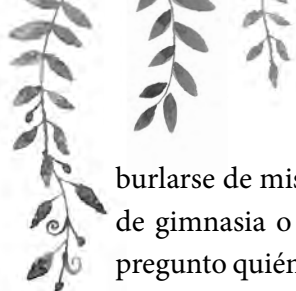
Le digo al nuevo mi nombre y me contesta que se llama Raimon. En el fondo, no es más raro que yo y está tan fuera de sitio como una



medio elfa en una clase de Secundaria. Le explico dónde está el vestuario de chicos y salgo al pasillo, a mezclarme con la marea de cuerpos, mochilas y carpetas que se extiende por el instituto. Intento ser como ellos, pero no es fácil pasar desapercibida si cada vez que pierdes el control te crecen las orejas. Liam dice que nadie se da cuenta, que hay chicas con el pelo de colores, profesores que vienen en bicicleta y pasean por los pasillos con esos ridículos cascos y hasta un loco del último curso que se afila los dientes para parecer un vampiro; que en un instituto así, quién va a fijarse en unas orejas puntiagudas y un poco más grandes de lo normal. Pero es que para él todo ha sido siempre fácil.

Nacimos con diez minutos de diferencia y eso ha marcado toda nuestra vida. Un médico estúpido, con ganas de salir en las últimas páginas de los periódicos y de que algún programa de tercera lo entrevistara para la televisión local, decidió que las campanadas de media noche y las uvas que algunas enfermeras se comieron a hurtadillas mientras nuestra madre se desvanecía en aquel paritorio significaban que pertenecíamos a diferentes años, a diferentes cursos para toda la vida. La abuela aún guarda el recorte del periódico: «¿Diez minutos o un año de vida?» era el titular de un artículo que contaba lo insólito de nuestro caso y, claro, lo ilustraba una foto de aquel imbécil con bata verde y mascarilla que me convirtió para siempre en la hermana pequeña, la enana, como me llama Liam.

Algunos ni siquiera lo saben porque él mide un palmo más que yo y no nos parecemos en nada, al menos en nada que otros vean. A mí se me riza el pelo con el agua y el suyo es tan liso como un velo de seda de los cuentos de *Las mil y una noches*. Sus ojos, azules y grandes, conquistan a todas las chicas mientras en los míos, mucho más pequeños y tan oscuros como los de un ciervo asustado, no se ha fijado nunca nadie. Así me llama a veces: su cervatillo asustado. Pero solo él puede llamármelo y si a alguien se le ocurre meterse conmigo,




burlarse de mis chaquetas tres tallas grandes, de mi torpeza en clase de gimnasia o de mis despistes, salta como un jaguar. A veces me pregunto quién nos habría protegido si yo hubiera nacido antes. Papá tiró la toalla hace ya muchos años y la abuela es tan mayor...

A la salida Liam me espera para volver a casa. Me nota en la cara lo que ha pasado y es una bendición no tener que explicárselo. Solo le abro la puerta de mi cabeza y dejo que mire dentro. Nos hemos acostumbrado a hablar en voz alta para que nadie se dé cuenta de que no lo necesitamos, pero mientras me pregunta por las clases y por el examen de Química de primera hora y yo le hablo del puré de lentejas que nos habrá preparado la abuela, porque es el último jueves de mes y las tradiciones son las tradiciones aunque nadie sepa cuándo han nacido ni por qué, él me acaricia por dentro, me dice que todo va a salir bien y proyecta en mi cabeza imágenes ridículas de sus compañeros, el agujero en el calcetín del profesor de filosofía, que se descalza en las clases cuando cree que nadie lo ve, y yo le respondo con la sonrisa de idiota de ese chico nuevo que entró en el vestuario de chicas por error.

El camino de vuelta siempre se me hace corto. Bordeamos el bosque, porque a la yaya Lupe le da miedo que lo crucemos y prefiere que vayamos por las calles, aunque tardaríamos la mitad en atravesarlo. Rara vez nos prohíbe algo, así que no desobedecemos. Cuando papá nos dejó en el escalón primero de la entrada y dijo adiós desde el coche, ella se convirtió en nuestra única familia.

Al llegar al último recodo antes de la casa, emprendemos una carrera entre risas y empujones que termina ganando Liam. A veces me deja ganar, pero hoy sabe que no necesito compasión y en los últimos metros acelera el paso, sube los escalones de la entrada de dos en dos y se planta en la puerta sin esfuerzo. La yaya no la ha dejado abierta, así que tenemos que esperar. Su cara no presagia nada bueno cuando por fin aparece y, aunque con ella no puedo hablar sin



palabras, sé que ocurre algo. En unos segundos descubro de qué se trata: de pie, junto a la chimenea, un chico alto y delgado, con un abrigo largo en varios tonos de verde, demasiado grueso para estar dentro de casa, nos espera. Está de espaldas, pero veo asomar entre el pelo sus orejas grandes y puntiagudas. Se gira.

—Queridos sobrinos —dice forzando exageradamente una sonrisa—, es un placer conoceros.

